

apague el viento... cubrámoslo con ceniza de humildad, y callar y esconder, y hallarlo hemos vivo; y echemos cada día leña, como Dios mandaba que el sacerdote hiciese (Levit. 6, 12) la cual es hacer buenas obras, huyendo de perder tiempo» (27). Pero la auténtica piedra de toque será la sensación de una paz tan profunda que nada puede destruir o siquiera alterar. Existen todavía las pruebas, pero el alma tiene la absoluta certidumbre de que los superará. Todos los místicos han experimentado este sentimiento y lo han descrito y no se puede tachar a nuestro Beato de imprecisión en relación con ellos, todo lo contrario. El nos habla de los frutos de alegría y paz que la unión con la divina voluntad acostumbra a dar, que son sentimientos tan poderosos que ni la misma tribulación los puede arrancar. Ya que si es cierto que algunos se sienten afligidos y privados de estos socorros, no por eso se desesperan ni se turban; saben ellos, en efecto, el camino de la Cruz a la que ellos se han ofrecido. Y añade que para el que goza de este estado, no hay tribulación que pueda turbarle en lo más íntimo de su alma.

En otro sitio dice que el alma goza del «dulcísimo sueño que con sosiego en sus brazos se duerme» (28).

Nos parece interesante comparar este pensamiento con el de San Juan de la Cruz: «El alma goza ya en este estado de una ordinaria suavidad y tranquilidad, que nunca se pierde ni le falta».

«El alma [es] pacífica, mansa y fuerte que son tres propiedades donde no puede combatir guerra alguna, ni de mundo, ni de demonio, ni de carne» (29).

Después de todo esto nos parece indispensable citar la definición de la Unión con Dios sobre todo por los términos esencialmente místicos: «Ni el humo, que las pasiones no mortificadas causan en el ánimo, deja tener la vista tan clara como conviene para «mirar al Rey en su hermosura» (ts, 33, 17); ni dejan haber aquella pureza que ha menester el ánimo para unirse con Dios, a modo de casta esposa, por un modo particular, secreto y guardado para aquellos a quien el Señor lo quiere dar, después de haber trabajado muchos

(27) Carta núm. 74 (O. I, p. 722).

(28) *Audi filia*, cap. 77 (O. I, p. 243).

(29) *Cántico Espiritual*, Canc. XXIV, p. 614 y 616. Véase también Santa Teresa: *Mo. radas VII*, cap. II (Apostolado, p. 669-670).